

Anaquel de **Estudios Árabes**

ISSN: 1130-3964

EDICIONES
COMPLUTENSE<https://dx.doi.org/10.5209/anke.64537>

Mateo Dieste, Josep Luís, *Moros vienen. Historia de un estereotipo*, Melilla, Instituto de las Culturas, 2018, 235 pp.

Dentro del ámbito académico, cada vez se destinan más esfuerzos a examinar de forma crítica conceptos y usos lingüísticos arraigados en nuestras prácticas cotidianas que contribuyen notablemente a la creación y el mantenimiento de distintas formas de poder, opresión y discriminación. En esta línea, el antropólogo Mateo Dieste ha llevado a cabo durante dos décadas una labor de investigación en torno a la figura del moro con el fin de despojarla de sus connotaciones negativas. El trabajo del autor ha cristalizado en *Moros vienen. Historia política de un estereotipo*, dentro del marco de colecciones Instituto de las Culturas en Melilla. Título y subtítulo ofrecen ya una idea de su carácter sociopolítico, pues su objetivo no es sino trazar una genealogía crítica del origen y la evolución del concepto a lo largo de la historia y su interacción con los distintos imaginarios colectivos y contextos políticos de cada época.

Esa atención a los imaginarios es la piedra angular de trabajo de Dieste, pues es en ellos donde se crean, se reproducen y se modifican los estereotipos. Siguiendo a Eisner (2007: 9-10), Dieste entiende el estereotipo como una idea que el público asociará rápidamente a un determinado asunto dado que forma parte del *habitus* social. Este *habitus* cristaliza en y se ve incrementado por el lenguaje, pues es en él dónde ese cúmulo de ideas asociadas en este caso a cierto colectivo queda de alguna manera encapsulado en una expresión particular, al mismo tiempo que esa fijación e intercomunicabilidad fomenta su uso y así su transmisión, su inserción en la vida en común. Como en tantos otros, la cristalización en el lenguaje del estereotipo del moro no es fortuita, sino que debe entenderse como el resultado de una serie de decisiones de carácter político que han tenido profundas consecuencias para las vidas de la gente que cayó y aún hoy sigue cayendo bajo el paraguas de esa etiqueta. Asimismo, no debe pensarse esa cristalización como definitiva, pues lo cierto es que, si bien la expresión se ha mantenido a lo largo de los siglos, las imágenes asociadas a la misma han cambiado notablemente dependiendo del contexto histórico. Y en este punto el ensayo de Dieste exhibe una de sus virtudes, pues el autor no se limita a intentar sacar un factor común, una imagen constante que se mantenga a lo largo de toda la historia, sino que también estudia con detenimiento las apariciones y desapariciones de ciertas imágenes, arrojando luz sobre la situación social de cada momento y el estatus de aquellas personas que contaban como moros.

Otra de sus virtudes es no tomar los estereotipos como propiciando invariablemente conductas coherentes con las imágenes que despliegan en aquellas personas que los respaldan, pues precisamente atendiendo a esas incoherencias pueden desentrañarse sus mecanismos de funcionamiento y las contracciones que generan en aquellos que los albergan, pues identificar esa contradicción y explotarla hasta hacerla insostenible puede ser una estrategia de cambio sumamente útil. En este sentido quizá el ejemplo más ilustrativo del libro sea el falangista de Melilla que, tras lanzar

las mil pestes sobre la figura del moro, se deshace en halagos y cariños con su hija adoptada de origen marroquí. La forma en la que el autor relata episodios como este ayuda a comprender el contexto social en el que se despliega el estereotipo del moro en cada contexto histórico, con lo que la inclusión de estas digresiones narrativas supone un muy buen complemento para la información más aséptica y estrictamente académica centrada en fuentes y datos.

Desde esta perspectiva, Dieste comienza su recorrido en siglo IX, donde la voz *mourus* en latín designaba a los musulmanes del norte de África, mientras que *sarracenus* hacía lo propio con aquellos que vivían en la península. Hacia el siglo XII *mourus* cobró más protagonismo al mismo tiempo que el *sarracenus* adquirió un matiz muy negativo ligado a la crueldad y la barbarie. Acudiendo a las fuentes escritas de la época da cuenta de cómo, tras ciertos periodos de convivencia, a medida que los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes se acrecentaron, comenzaron a insertarse sobre la expresión una serie de connotaciones negativas destinadas a sembrar el odio y la polarización en la sociedad. Después de 1492 la imagen del moro siguió asociada a la animalidad, la irracionalidad y la barbarie, así como también al miedo a la reconquista, rasgo que, además de perdurar hasta muy recientemente, por aquella época se exportó como modelo a los turcos y a las poblaciones indígenas de América. Un efecto curioso de esta proyección es que en ocasiones tuvo un efecto especular, pues hay documentos que testimonian el uso del estereotipo del moro por parte de ciertas comunidades indígenas para referirse a los españoles, mientras que hasta muy recientemente se utilizaba el descalificativo “es un moro” para referirse a aquellos habitantes de la península que no realizaban labores domésticas o que abusaban de su poder con sus mujeres. Esto último, como bien señala Dieste, no deja de ser paradójico, pues se utiliza una categoría supuestamente externa para referir y desaprobar una conducta local (p.52).

Ya en la época colonial el estereotipo del moro se vio reforzado por el auge de las teorías de la raza, pues de alguna forma los estereotipos se vieron encapsulados en una suerte de marco biológico y antropológico, revistiendo la falta de coherencia de sus imágenes con una pátina de cientificismo. Esto abrió la puerta a una esencialización de comunidades sumamente heterogéneas que profesaban la religión musulmana, con lo que se multiplicaron los estudios que pretendían dar cuenta de los rasgos esenciales del moro al mismo tiempo que la expansión colonial creaba nuevas tensiones entre las poblaciones fronterizas. En este sentido Ceuta y Melilla son paradigmáticas, pues las sucesivas disputas entre España y Marruecos propiciaron un clima de tensión y miedo al otro que se vio alentado por el estereotipo del moro y a su vez lo reforzó de manera espectacular, hecho evidente si se observa que es en estas poblaciones donde aún se conserva de forma más viva dicho estereotipo. Pero en la época colonial se da otro fenómeno mucho más inadvertido que el autor también ha investigado, y es la propaganda que el imperio español difundió entre las poblaciones ocupadas. Dicha propaganda tenía como fin crear un estereotipo positivo de los españoles, representándolos como mucho más avanzados intelectual y moralmente. Sin embargo, como en tantos otros casos, este intento de crear un estereotipo positivo de las poblaciones invasoras para favorecer la ocupación de territorios tuvo un efecto rebote, pues las poblaciones ocupadas efectuaron un repliegue identitario y fomentaron un estereotipo negativo del invasor.

Dieste ilustra de forma magistral la utilización política del estereotipo del moro atendiendo al tratamiento que tuvo en el bando republicano. Ante el apoyo de Ma-

rruecos al levantamiento y la presencia de tropas marroquíes en las filas de los insurrectos como tropas de asalto, el bando republicano se sirvió del estereotipo del moro y en particular de los marroquíes (*mahallas*) para reforzar la demonización del adversario. A su vez, el bando insurrecto efectuó una maniobra interesante: por una parte, ensalzó la figura del moro para que los partidarios del levantamiento no desconfiaran de ellos -al fin y al cabo estaban en sus propias filas-, mientras que por otra parte se seguía manteniendo una suerte de imagen de brutalidad bélica asociada a ellos que contribuía a sembrar el pánico en las filas enemigas. No deja de ser impactante que los mismos militares que pocos años atrás se encontraban en África combatiendo frente a los marroquíes en la guerra del Rif (1920-1926) y que reavivaban el viejo temor a la invasión del moro, ahora se encontraran propugnando a diestro y siniestro las virtudes de la alianza con el moro. Esto, además de mostrar el uso político e interesado de los estereotipos, pone en evidencia lo cambiantes que pueden llegar a ser en muy poco tiempo si la propaganda oficial y los medios de comunicación producen imágenes con la suficiente contundencia como para que calen en el imaginario popular. Visto desde el otro lado, esto también señala las incoherencias que la gente asume en la conformación de su imaginario asociado a estereotipos.

Finalmente, el autor pone en conexión la cuestión en torno al moro con uno de los problemas a los que estamos asistiendo actualmente y que hunde sus raíces en el último tercio del siglo veinte. Con la mundialización de la problemática del islamismo, desde La Revolución Islámica del Ayatolá Jomeini (1979) asistimos a la construcción de una problemática que adquiere un carácter dual. Por una parte, debe considerarse una dimensión geoestratégica internacional donde se comenzó a construir la idea de una amenaza en torno a los árabes (Gil, 2018), lo cual alcanzó su zenit tras los atentados terroristas del 11S. Por otra parte, Europa ostenta una posición central en relación a los movimientos migratorios y, en particular, a aquellos que tienen como protagonistas a población musulmana. Después de la segunda guerra mundial y especialmente a partir de los años 60 surgió un fuerte movimiento migratorio poscolonial hacia sociedades posindustriales más favorecidas, movimiento que durante un tiempo fue favorecido por los países europeos y las políticas de puertas abiertas. Sin embargo, el auge de la economía pronto llegó a su fin y se acusó a los inmigrantes de la mala situación económica, hostilidad que se tradujo en un cierre de las fronteras exteriores tras la entrada en vigor del Acuerdo Schengen (1995). Tras la crisis financiera internacional de 2008 los discursos xenófobos contra la inmigración se han ido incrementando de manera exponencial, con lo que la vertiente más despectiva y vejatoria del estereotipo del moro se ha vuelto a convertir en un arma política tan efectiva como peligrosa. Dieste también advierte que, con el fin de detectar la pervivencia del estereotipo del moro en nuestras sociedades contemporáneas, es importante hacer notar que, a medida que las teorías raciales se iban refutando, la diferencia que establecían con el otro fue mantenida cada vez más a partir de rasgos culturales, algo que ya señaló Stolke (1993).

Hasta aquí el recorrido histórico que traza Dieste. Sin embargo, hay dos rasgos que están presentes a lo largo de este recorrido y que es fundamental tener en cuenta si se quiere apreciar la novedad que supone su estudio. Por una parte, es crucial no caer en una homogeneización en cuanto al género, pues, a pesar de que mujeres y hombres que caían bajo el estereotipo compartían ciertos rasgos, lo cierto es que más allá de ellos se extendía un terreno en el que las imágenes asociadas a cada género diferían notablemente. En este punto la investigación de Dieste se ha topado con una

limitación, pues las fuentes de cada época, con sesgo marcadamente machista, tienden a ignorar a la mujer y se concentran en caracterizar la figura masculina del moro, con lo que la consiguiente crítica al estereotipo arrastrará necesariamente este sesgo. Pese a esta limitación, Dieste lleva a cabo una gran labor de investigación para sacar a la luz las imágenes del estereotipo moro asociado a mujeres que se han conservado en diversos documentos y lo cierto es que los resultados son reveladores. De todas las imágenes asociadas a la mujer mora, es posible extraer un factor común que lo relaciona directamente con su sexualidad, cosa que es interesante desde una perspectiva crítica con el sistema sexo-género. Así, la mujer mora era caracterizada como poseyendo grandes dotes sensuales, no en un sentido positivo sino más bien como las sirenas de la *Odisea* de Homero, así como también siendo una criatura especialmente dotada para la reproducción, rasgo que si se mira desde el prisma del miedo a la invasión mora era visto claramente como una amenaza.

Por otra parte, y esta es otra de las grandes diferencias respecto de estudios anteriores sobre la figura del moro, Dieste se preocupa por rescatar también aquellas imágenes que en distintos momentos ensalzaban la figura del moro. Acudiendo a fuentes que datan desde el siglo XV hasta la obra del recientemente fallecido Juan Goytoso, es posible apreciar un profundo respeto y admiración por las comunidades musulmanas, sus formas de vida y sus ideales éticos y morales. También en este punto vale la pena observar que esas virtudes son reservadas a los hombres, mientras que a las mujeres se les conceden únicamente atributos estéticos, objetualización que se pone asimismo de manifiesto en los casos en los que se alaba la forma en la que los musulmanes tratan a sus mujeres, como si se alabara la forma en la que transportan o conservan mercancías.

El último trabajo de Dieste no posee un inmenso valor únicamente por la cantidad de material documental que pone encima de la mesa, pues la forma en la que lo articula y enlaza con problemáticas contemporáneas es lo que da a su objeto de estudio la actualidad que merece y abre líneas de investigación igualmente valiosas y necesarias. Pero, además de todo eso y conservando un gran rigor, el texto está escrito con un estilo cálido y ameno que acerca al lector a cada contexto histórico y sus imaginarios, a los sentimientos que se generaban respecto a la alteridad en ambos lados. Con esto consigue generar una empatía con los oprimidos durante tantos siglos por el estereotipo moro y un rechazo hacia sus opresores, y esto también es un motivo para valorar este trabajo, quizá no desde el punto de vista de una aportación académica pero sí en tanto que una aportación a cuerpo de conocimiento del que disponemos como sociedad.

Salma Kalil El Aazzaoui